

que serlo contra su cuna, por decirlo de algún modo. El caso de José Agustín es cierto que condiciona su poesía y para bien, aunque sea a partir de una desgracia, porque su libro *Palabras para Julia*, que yo creo que, junto con *Salmos al viento*, es lo mejor que escribió, parte de la muerte de su madre en el bombardeo en Barcelona. Pero, aparte de eso, creo que soy el único de toda la Generación del 50 cuya familia estaba abiertamente en el bando de los perdedores y eso también influye en que se note más en mí que en otros poetas el impacto de la Guerra Civil. Por otra parte, los niños viven las guerras más como una aventura que como un drama. Me refiero, naturalmente, sólo a un tanto por ciento de las guerras, no a los bombardeos, los crímenes, las cárceles...; a la experiencia tan a destiempo de la muerte y del dolor, porque eso es terrible; pero sí a la emoción del peligro, el desorden en los hábitos, los cambios urgentes de casa, las carreras a los refugios antiaéreos, las habitaciones a oscuras o iluminadas con velas... Todo eso, para un niño es un juego.

– *Pero, volviendo al tema de su pertenencia a una familia de perdedores de la Guerra Civil y a la influencia que eso pudo tener en la dirección que siguió su obra, ¿realmente cree que, en el fondo, tiene más merito que autores como Gil de Biedma se hicieran poetas comprometidos o, al menos, ciudadanos de izquierdas, lo que entonces significaba ser enemigos del Régimen?*

– Bueno, no creo que eso pueda medirse así, más mérito, menos mérito... Y el origen de un escritor no siempre tiene una relación tan directa con el contenido de su obra. A veces eso ocurre y a veces no. Pero, claro, sí es cierto que muchos escritores, más que dar un giro político respecto a la ideología de sus familias, lo que hicieron fue tomar conciencia del horror de la dictadura y ser contrarios a ella por razones, entre otras cosas, puramente éticas. Jaime Gil de Biedma lo explicaba de forma muy sincera y también gráfica: «Mis ideas cambiaron mucho tiempo después de que hubiera en España un millón de muertos...»

«Creo que soy el único de toda la Generación del 50 cuya familia estaba abiertamente en el bando de los perdedores»

– *¿Qué es más exacto a la hora de definir su poesía: decir que son poemas políticos o sociales?*

– Pues las dos cosas, creo yo. Hay algunos poemas como el «Discurso a los jóvenes» que son claramente políticos, en ese caso concreto porque está escrito como la caricatura de un discurso político de la época, un discurso que podría ser del propio Franco. Y otros poemas son, efectivamente, más sociales, aunque en aquel momento una cosa iba bastante cosida a la otra, porque denunciar o simplemente describir la miseria de aquel país horrible era en sí mismo un acto de rebelión política: no olvides que el Régimen de Franco intentaba dar una imagen triunfal de España, hacer ver que el país había sido librado de sus enemigos, se recuperaba a marchas forzadas del desastre de la guerra y pronto ocuparía un lugar entre las naciones más prósperas del mundo. Hacer ver la involución espantosa que sufríamos ya era subversivo; contar la mala vida de la gente, dar testimonio del hambre que se pasaba, la injusticia que gobernaba el país o sencillamente la tristeza que lo oscurecía todo, era un acto de insubordinación.

– *¿Cuándo comenzó su relación con el Partido Comunista? Ahí sí que se volvió usted subversivo, porque llegó a tener oculto en su casa a uno de los enemigos públicos del franquismo, el escritor, y futuro ministro de Cultura socialista, Jorge Semprún, al que conocían con el alias de Federico Sánchez. Debió pasar muchísimo miedo, en aquellas circunstancias.*

– Yo empiezo relativamente pronto a relacionarme con el Partido Comunista. Fue a través de Juan García Hortelano que ya estaba muy metido en el PCE, y se podría decir que la cosa vino dada y que uno tenía la impresión de ocupar su sitio de manera natural. Por supuesto que también había muchas personas, y entre ellas muchos escritores, que preferían no buscarse problemas o que no tenían tampoco un interés político; o no se entregaban a ideologías y siglas concretas; o no querían dar el paso que va de la reflexión a la acción, que entonces era un paso que podía llevarte

«Denunciar o describir la miseria de aquel país horrible era en sí mismo un acto de rebelión política»

fácilmente a la cárcel y dejarte allí diez o quince años. Y los que dábamos ese paso de una u otra manera, por supuesto que teníamos miedo, pero en fin, qué le íbamos a hacer, además del miedo teníamos la convicción moral de que había que cumplir.

– *¿Y lo de Jorge Semprún? ¿Cómo llegó a su casa de Madrid, que es la misma en la que aún vive, en la plaza de San Juan de la Cruz?*

– La historia de Federico Sánchez refugiado en mi casa empezó un día en que me vino a ver el novelista Armando López Salinas, que por aquel entonces era algo así como el enlace entre los intelectuales y el partido, quien los captaba, hablaba con ellos, les daba instrucciones o consignas, les contaba cuál era la dirección que marcaba desde el exilio la dirección del PCE. Armando siempre nos venía a ver a Juan García Hortelano y a mí al trabajo, al Ministerio de Obras Públicas y si te soy sincero, tengo que confesar que nos llevábamos un serio disgusto y nos echábamos a temblar cada vez que iba allí de visita, porque siempre era para pedirnos algo que resultaba, en algún aspecto, peligroso. En esa ocasión de la que hablamos, nada más llegar dijo que sólo me quería ver a mí, cosa que me extrañó, porque siempre nos llamaba a los dos a la vez, y sin andarse por las ramas me pidió que tuviera en casa a Federico Sánchez, porque los habituales refugios que él usaba en España cuando entraba de incógnito desde Francia, estaban muy vigilados por la policía y le parecía que mi casa, al ser una casa de funcionarios de Obras Públicas, era un lugar seguro. Y bueno, no tuve más remedio que decir que sí, temblándome las piernas mientras lo decía, porque aquello sí que era realmente arriesgado. Imagínate, si todo era tan peligroso que Semprún contaba que una vez estuvo a punto de delatarlo su ignorancia del fútbol, que no le interesaba en absoluto, porque estando en un bar, alguien dijo algo del Real Madrid y de Alfredo Di Stéfano, ni más ni menos, y él, que se estaba haciendo pasar por una persona normal, que vivía y trabajaba en Madrid, preguntó: «¿Di Stéfano?»

«La historia de Federico Sánchez refugiado en mi casa empezó un día en que me vino a ver el novelista Armando López Salinas»

¿Y quién es ese Di Stéfano?» Si le llegan a coger en mi casa, estoy seguro de que a mí me caen veinte años de cárcel.

– *¿Es cierta la leyenda de que un policía secreto con quien solía charlar en el Ministerio de Obras Públicas cada mañana pudo haberle avisado de que iban a por Semprún, que sabían que estaba en Madrid y casi lo tenían localizado?*

– Es cierto que me lo dijo, pero no creo que fuera para avisarme. Era un personaje extraño, pariente de mi jefe, que venía cada mañana a mi oficina a leer los periódicos y a pasar un rato charlando conmigo, puesto que ninguno de los dos teníamos nada que hacer. Era policía, efectivamente, pero por lo general estaba destinado más bien a asuntos administrativos, ocupándose de los informes sobre extranjeros, y asuntos de ese tipo. Pero cuando había alguna crisis política, o necesitaban refuerzos, lo pasaban a la Brigada Político-Social. Y es cierto que una mañana, estando Semprún oculto en mi casa, vino y me dijo: «Bueno, ahora estoy otra vez adscrito a la Brigada Político-Social porque sabemos que está en España un comunista muy importante, una figura clave en el Partido Comunista y que tú no sabrás quién es, pero que le llaman Federico Sánchez, aunque ése no es su verdadero nombre, por supuesto. Sabemos que está aquí, sabemos cuándo entró y estamos seguros de que esta vez cae, porque más o menos está claro dónde puede esconderse.» Y se apoderó de mí un pánico feroz, porque me pregunté si ese hombre sabría que Federico Sánchez estaba ahí al lado, en mi piso, justo enfrente del Ministerio. En cuanto pude, fui corriendo a casa y él estaba efectivamente allí, aún no había salido. Le conté que tenía a la policía detrás y él me miró con curiosidad, pero con cierta indiferencia, y no hizo ningún comentario. Me dio la impresión de que ya sabía lo que estaba ocurriendo y de que ya le había buscado un remedio. De hecho, me tranquilizó asegurándome que en un rato irían a buscarlo en coche, y nos despedimos. Pero cuando más tarde salí de la oficina y volví a casa, me lo encontré allí delante, paseando,

**«Si llegan a coger a Semprún
en mi casa, estoy seguro de que a mí
me caen veinte años de cárcel»**